



DIARIO DE UN AZULADO

Por MIGUEL DE UNAMUNO

Corresponsal Epistolar de LA NACION en España.

SALAMANCA, diciembre de 1920.

HOY, 15 de diciembre de 1920. Lector querido, mi antiguo y buen amigo—¿quién mejor que tú?—¿quienes que habremos una vez más a solas, de hombre a hombre, ífricamente? ¿Que habremos...? Que habremos, sí, porque yo te oigo, oigo tu silencio, y este monólogo es, como todo monólogo publicado, un diálogo, y todo diálogo es un monólogo. ¿Es-tamos?

No faltan más que tres días para el de las elecciones generales de diputados a Cortes en esta nuestra España que fué—¿volverá a serlo?—de Nuestro Señor Don Quijote. Las elecciones se celebrarán—¡a qué cosa llaman celebrarse!—el próximo domingo 19 de este diciembre. Ya está montado el tinglado. Y yo figuro como candidato en dos distritos, el de Madrid, la Villa y Corte, y el de Bilbao, mi pueblo natal.

¿Candidato? ¿Y qué es eso? La más barata y elemental erudición nos enseña que se llamaba así en Roma, de "candidus", blanco, a los que se vestían de blanco para ir a solicitar de los electores un cargo público. Y no, yo no me he vestido de blanco—siempre de azul!—ni he solicitado ni pienso solicitar el voto de nadie. Hasta me he negado a firmar cierto documento en que se me quería hacer decir que "aspiraba" a la representación en Cortes de mi pueblo natal. Y no, yo no "aspiro" a eso, ni eso—por honroso que sea, y lo es mucho—es aspiración. Me han pedido mi nombre, y como mi nombre no es ya mío, sino público, no lo he podido negar. En rigor podían haberlo tomado sin pedírmelo; ¿por qué no? ¿O yo no les entiendo, o no me entienden o no queremos entendernos?

¿Conque retira usted su candidatura?—viene diciéndome uno.—Y yo ¿retírala? Pero si no la he presentado... ¿Que la retiren, si les place, los que la presentaron, no yo! Yo sigo vestido de azul. ¿Pero usted quiere o no quiere ser diputado...? A esto no sé ya qué responder. ¿Por qué... quiero o no quiero ser diputado? Y como cuando estas líneas de nuestro diálogo — porque tú, lector, intervienes en él con tu silencio—se publiquen habrán ya pasado las elecciones, a ti te lo puedo decir. Me halagaría—¿y cómo no?—obtener una regular votación en cuanto cito implique un aplauso a mi labor óvica, a mi política fuera de partidos, ¿pero, quiero o no quiero ser diputado? Si pudiese obtener en todos los distritos una minoría que sumadas éstas formasen una acumulación grande...! ¿Pero quiero o no quiero ser diputado? Ni yo lo

sé... Temo con ello perder lo mejor de mi acción. Pero, por otra parte...

¿Usted debe ir a las Cortes! ¡Lo que diría allí...! Es decir, señor mío, que se trata de divertirles a ustedes... ¡Hombre, hombre...! ¡Sí, entendido! Pues, mire usted, si me llevan allá, allá tendré que ir, pero... ¡mi política...! ¿Usted hace política? Acabo de dar al público mi poema "El Cristo de Velázquez", dentro de poco daré mis "Tres novelas ejemplares y un prólogo..." ¿Pero eso es política? ¡Sí, señor mío, sí, eso es política! "Pero un programa..." Mi programa político, político, ¿eh? está en mi obra sobre el "Sentimiento trágico de la vida", en mis comentarios al "Quijote".

Vuelvo a mi "Quijote", acudo a los capítulos XXV y XXVI de la segunda parte, donde se cuenta la aventura del titerero, de aquel Ginés de Pasamonte, a quien Don Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, que hizo de maese Pedro del tinglado. Me han metido en el tinglado, de titerero de él, pero me escapo del lado de Don Gálferos, yerno putativo de Carlo Magno, y me voy a un rincón perdido entre los espectadores, a observar lo que pasa, a meditar sobre ello, a entristecerme, a indignarme acaso. Y aquí me tienes, antiguo y buen amigo lector, en mi casa, al calorcito de mi brasero, en mi camilla doméstica, escribiéndote esto mientras los candidatos fatigan los distritos.

Yo te contaré de Maese Pedro, de Ginesillo de Parapilla, del poder oculto que por detrás y encima de los poderes públicos, del rey abajo, tira aquí de los hilos. Una vez estuvo a punto de prender al mismo soberano constitucional la policía a sus órdenes (no del soberano constitucional) ¡no! (sino del otro, de Ginesillo de Parapilla, que es colectividad y cas. legión). Esa policía que me declaró, en una certificación que obra en los autos de mi proceso por supuestas injurias al rey, «elemento peligroso» y «perturbador del orden actual», que es el orden de Ginesillo de Parapilla. Y Ginesillo pone mastines en el lugar de los pastores. Y contribuye a entontecer al pueblo.

¿Pero no te parece, mi antiguo y buen amigo, que dejemos esto aquí para continuarlo otro día? Sí, sí, y en vez de hacer un discurso electoral voy a hacer... un soneto. O a leer "Sansón agonista", de Milton, que empecé ayer.

Hoy, 16. Carta urgente de Bilbao, uno de "mis" distritos, apremiándome a que vaya. ¡Ah, "mi" Bilbao! ¡Lo que hace que no le veo! Aunque no, al mío, al que me hizo, a lo de mi niñez y mi juventud, a mi Bilbao, lo veo a diario. ¿Verlo? No, como no veo mis ojos. Es decir, sí, puedo verlos en un espejo. Y para ver a mi Bilbao tengo un espejo. Y no se me empañará si voy ahora allá, a un Bilbao empañado por luchas electorales. ¡Si fuera el de hace treinta años...! ¿Voy a llevarles un acento bilbaíno de hace treinta años? ¿Me entenderán?

El Sansón de Milton habla del sol

Lg





silencioso. Milton estaba ciego y escribía la tragedia de un ciego. El sol silencioso es el sol de media noche, el que alumbraba a los antípodas. Los latinos llamaban luna silenciosa—"silens"—a la nueva, a la luna obscurecida por la Tierra. «¡Ciego y entre enemigos!»—exclama el Sansón miltoniano.—¿Pero y con vista bien clara y entre amigos? Mejor será esperar a mañana.

Hoy, 17. ¿Ni una carta, ni un telegrama! ¿Parece que al fin me dejan en paz! ¿En paz? ¿Es esto paz? ¿Goza uno de paz cuando le dejan solo? "Mis arreos son las armas; mi descanso el pelear"—decía Don Quijote en su primera salida,—recordando

palabras del misterioso romance de "La Constancia"—dice Ramón Menéndez Pidal en el discurso sobre "Un aspecto de la elaboración del "Quijote", que leyó al inaugurarse en el Ateneo de Madrid el curso de 1920-1921.

Por cierto que hay en este discurso, que he leído en vez de hacer yo un discurso electoral, un pasaje que merece atención y comentario, y es cuando distingue la hazaña heroica,—las de la "Iliada" o el "Romance-ro"—de la aventura caballeresca. Y dice: "La "hazaña" heroica de la epopeya se desarrolla lentamente en medio de la vida social, vivida por pueblos de gran densidad histórica; mientras la "aventura" sobreviene brusca y rauda, en medio de un paisaje solitario: la dilatada floresta, donde se pierden los lamentos del agraviado hasta que los oye el caballero vengador; si al borde de la floresta descuella el bien torreado castillo, habitado por algún poderoso, o por un gigante o encantador, ora bondadoso, ora maligno, es nada más para nuevas enmarañadas aventuras que a golpes de su invencible brazo desanuda el buen caballero; si más allá se encuentra a veces la corte de un rey, es porque también en ella se espera al esforzado andante que, por sí solo, vale más que todo el reino. ¡Cuán apartado está todo esto del Mio-Cid!"

¿Y estas elecciones van a ser hazañas o aventureras? ¡Épicas, no!, burlescas, acaso. ¿Hay gran densidad histórica en la vida actual de nuestro pueblo? Tal vez, sí, pero por debajo de eso que se llama política, la de elecciones. La historia hay que buscarla en el movimiento sindicalista que profesa el apoliticismo en elecciones, el abstenerse de éstas. Que es un modo de hacer política. Y dicen ahora que el poder oculto e

irresponsable que aquí rige por sobre el Gobierno y sobre el rey mismo, el poder pretoriano de las Juntas de Defensa militares—del que se dice que hasta pensó prender al monarca—está acabando con el sindicalismo. ¡Habrà que verlo!

Hoy, 18. Recibo un telefonema de Bilbao, mi pueblo, firmado por tres de los más conspicuos nacionalistas—o por otro nombre bizcarrar—de allí, diciéndome que la revista "Hermes" publica un manifiesto suspendiendo su candidatura y que el partido Nacionalista votará mi nombre. ¡Lo que me faltaba ver! Aunque no lo extraño. Ni nada me han pedido antes ni han contado conmigo, y este es, mi antiguo y buen amigo lector, el primer comentario que hago a ello.

Recuerdo aquel día, hace más de diez y nueve años, en que fui a mi cuna a decirles duras pero saludables verdades a los míos, a mis hermanos, a los vascos como yo, a predicarles contra el localismo suicida y de relincho, a recordarles cómo nuestra obra en la historia universal, la de los vascos, está en la historia española. Somos los vascos, por ser vascos, dos veces españoles y en español está lo que hemos hecho de duradero. El español ha sido nuestro lenguaje articulado y todo lo demás o balbuceo infantil o relinchido selvático y aldeano. En español colonizaron América nuestros grandes colonizadores, como Garay e Irala. En español civilizan a sus patrias los vascos-americanos de hoy. ¡Y cómo se me pusieron por decirles que nuestra verdadera independencia estaba en tratar de ser la cabeza y más que la cabeza, el corazón dirigente de la España Máxima de mañana! ¡Cómo relinchó la aldeanería incivil! Pero sembré mi palabra yo, el hijo de la

Villa, descendiente de aldeanos. Y la palabra ha prendido y ha florecido y ha fructificado entre gritos de incompreensión.

"¡Ah, es que no van a votar por ti si no contra el otro candidato!"—me diría acaso alguien si en vez de estar hoy aquí, en mi casa—el día está crudísimo y no convida a salir—estuviera en mi Bilbao. Pero esto gano con no moverme ahora de casa y es no asomarme a los bajos fondos de estas contiendas electorales. En las que los candidatos, puesto que van de blanco, quedan más sucios si les salpica algo del lègamo.

Y ahora a continuar leyendo—es la segunda vez—las "Cartas y discursos de Oliverio Cromwell, con elucidaciones por Tomás Carlyle", que empecé anoche. ¡Esta retórica carlylesca, mi vieja amiga! ¡Cómo me confortó hace años! ¡Y ahora vuelvo a ella, pues parece que me remozó! Cuando después de haber traducido la "Historia de la Revolución Francesa", de ese Carlyle escribí mi ensayo "Maese Pedro"—que en el tomo III de mis "Ensayos" figura—¡cuán lejos estaba de creer que esa poderosa retórica volvería a ganarme el ánimo! Maese Pedro... Maese Pedro... ¿Pero es un historiador, por poeta y retórico que sea, Maese Pe-



dro? ¿Es él quien mueve los muñecos? ¿No le mueven más bien ellos a él? ¿Quién sabe...! Se puede sostener con igual verdad—no digo lógica—que Don Quijote y Sancho hicieron a Cervantes, Hamlet, Macbeth, el rey Lear, Otelo y sus hermanos a Shakespeare... y, por otra parte, que Tucídides hizo a Pericles, Salustio a Catilina, Joinville a San Luis de Francia. El terrible Maese Pedro, el Ginesillo de Parapilla que decía Don Quijote es el otro, no el historiador, es el poder oculto. Maese Pedro era un disfraz de Gines de Pasamonte, de

Ginesillo de Parapilla.

Acaso lo que hace hoy más falta aquí es un Maese Pedro historiador, como era Carlyle, que tire del cortinón del fondo de la escena y enseñe las manos y las mangas—mangas con entorchados—del Gines de Pasamonte, del Ginesillo de Parapilla—individual o colectivo—que está tirando de los hilos de los títeres todos, empezando por el títere Carlo Magno, padre putativo de Melisandra, a la que se lleva Don Gaiferos.

Voy a conversar con Carlyle. Mañana se celebran las elecciones.

Hoy, domingo 19, XII, de 1920, se celebran las elecciones generales de diputados a Cortes en toda España. Es uno de los días más crudos del invierno que entra. Han caído grandes nevadas en muchas partes. ¡Pobres interventores de las mesas electorales! y menos mal los que han sido nombrados por los candidatos, que al fin ellos se lo han buscado, pero y los que por ministerio de la ley tienen que aguantar eso! El que esto escribe lo ha aguantado alguna vez...

¡Y hoy, con este frío...! Porque no hay nada más sórdido ni más desamparado que los locales — indecentes chamizos de ordinario — en que se verifica la votación. En Portugal suelen hacerlo, por tradición, en las iglesias. Aquí en cuchitriles—y tan cuchitriles!—alquilados o en escuelas públicas. Sólo faltaba que se llevase allí a los niños, a una lección de inmoral cívica o de moral incívica. Les llamo cuchitriles, y es que así como un chiribitil o «chibitiril» es un chivitero chico, una cuadra para cochinos, un cuchitril es un «cochiteril» o cochitero, una cuadra para coches o cochinos.

Y a propósito de lengua. Hay en

español un verbo de rancio abolengo, que es «muñir» «llamar o convocar a las juntas o a otra cosa», dice el Diccionario de la Academia, que ya no se usa, pero «muñidor» «criado de cofradía que sirve para avisar a los hermanos las fiestas, entierros y otros ejercicios a que deben concurrir» y luego, por extensión, «persona que gestiona activamente para concertar tratos o fraguar intrigas o crear cualquier otro oficio semejante», es ya vocablo inseparable del adjetivo «electoral». Muñidor es ya el muñidor electoral. Como «apernador»... apernador electoral. Y esto sí que está bien. Porque apernador es propiamente el perno que apierna y apernar es asir o agarrar el perno por

las piernas alguna vez.

A la puerta de los colegios electorales están los apernadores, los mastines de los rabadanos politiqueros, con su cachaba al brazo. Allí dentro, en torno a la mesa que sostiene la urna misteriosa—tal vez un puchero—los pobres interventores, hoy helándose de frío. Tienen a los pies unos braserillos miserables. Luego comen juntos a costa de los candidatos por lo común, y casi indefectiblemente se les indigesta la comida.

Voy, pues, a salir a votar, a ver qué pasa por la ciudad. Y ya sabré mañana qué ha sido de las elecciones en Madrid y en Bilbao donde rueda mi nombre como de candidato. Pero candidato de azul y no de blanco y que no tiene mastines apernadores a su servicio.

Hoy 20. Las elecciones transcurrieron ayer en esta vieja ciudad con el transcurso más tranquilo, casi soñoliento. Como hay que ser exacto hasta en los menores detalles, debo rectificar algo que ayer escribí aquí. Ya no se emplean los locales de es-

cuelas para las votaciones; parece que fué prohibido por razones supponemos que pedagógicas. ¿Pero es que unas elecciones así ni entran en la pedagogía? No, dirán, sino más bien en la demagogia (acentúse como pedagogia). ¿Pero es, insisto, que el «demo» o pueblo no es niño? ¡Y tan niño! Sólo que las elecciones no le educan.

El Sr. Maura, demagogo—en el más recto sentido—quiso hacer el voto obligatorio y hasta se decretó que el funcionario público que no exhibiera su boletín de haber votado sufriría una multa. Cosa que, ¡es claro! no se ha cumplido. Ayer ni siquiera me dieron el billete de haber votado y eso que soy funcionario público. Ahí es nada lo de querer convertir un derecho así en un deber. Dejaría de ser derecho.

La frialdad con que transcurren las elecciones es extremada. Va con la del tiempo. Ayer nevó y sobre la nevada heló. Y está nevando y helando en el alma del pueblo. Aunque acaso bajo el hielo de esa nieve se revuelve un volcán. Dicen que empieza otra racha de terremotos.

Nadie cree en la eficacia del Parlamento. A lo más se le toma como un espectáculo, como otro tablado de Maese Pedro. Sólo a los quijotes se les ocurre tomar en serio los títeres del tablado. Acaso porque sólo los quijotes sienten todo el peso de los Maeses Pedros. ¿Pero el Parlamento? El pueblo sabe que todo lo que importa se decide y resuelve fuera de él, en un escritorio, en una camarilla, en una alcoba, en una Casa del Pueblo, en una taberna, en una sacristía, en un cuartel, en cualquier otra parte. Lo otro es la función de aparato, la comedia. ¡Y qué comedia!

¡Régimen de publicidad! Sí, esta es la fórmula de una república, de

galonada
256





una verdadera república—"res pública".—Lo primero de una cosa pública es que sea de veras pública—la esencia de la libertad democrática, de la democracia liberal, es la publicidad. ¿Pero se logra con el parlamentarismo la publicidad? ¿No sirven más bien sus discursos para velar la verdad? ¿Todas esas discusiones no embrollan más que las más embrolladoras transacciones diplomáticas?

Es que la verdad no basta querer decirlo, hace falta saberlo. Y se puede además, ser muy sincero sin ser veraz. Y en el régimen parlamentario se obscurece y enreda la verdad por incompetencia. No es lo corriente que elija el pueblo a los mejor informados. Ayer aquí, por ejemplo, se eligió diputado a un hombre de una ignorancia paradisiaca y de una cultura troglodítica.

En efecto, me dejan tranquilo en mi casa, pues ni los de Madrid ni los de Bilbao han logrado sacar mi nombre con mayoría. Ni era fácil tratándose de quien rehúsa dejarse prender en las mallas de un partido político cualquiera. Habría de formarse uno, un partido, en torno a mi nombre, y disentaría de él. Por espíritu de herejía. Hereje aun dentro de la herejía. Todo menos el dogma. ¿Y partido? ¿Partido, no, nunca! Siempre entero. ¿Y hay mejor modo de estar entero que quedarse solo? Diez hombres, cien hombres, mil hombres, cien mil hombres, pueden formar partido, pero un hombre solo no es partido.

¡Cosa terrible esos partidos políticos! En ellos la Iglesia acaba por substituir al dogma, la organización a la doctrina. Su ortodoxia suele ser más absurda que la ortodoxia religiosa. Y allí muere toda idealidad.

Os decía que me dejan tranquilo en casa. Pero esto tiene su contra, una contra que ahora os puedo declarar, amigos lectores de esa República, y es que esto vuelve a estorbar mi viaje a ésa. Si me hubieran sacado diputado podría haber ido a veros, a conoceros, a hablaros, y a otros sin tener que pedir licencia. Y hasta ni puedo aceptarla, ni menos pedirla, con dignidad, de ministros del rey de España.

Además, el día 8 del próximo enero se verá en el Tribunal Supremo el recurso que hice interponer contra el fallo del Tribunal de Valencia que me condenaba a diez y seis años de presidio por supuestas injurias a dicho rey. Y si se empeñan otra vez en que me indulte, se me dificultará, acaso para siempre, el obtener licencia alguna. ¿Cómo va a aceptar una merced—y toda licencia lo es—a nombre de un soberano quien tiene la conciencia de que se le ha indultado un castigo impuesto por un delito ficticio, y no más que para agraviarle y humillarle con un perdón rencoroso?

¡Sólo que las cosas dan tantas vueltas...! Y esta España... Nieva por aquí, nieva también en el alma del pueblo. Y encima hielo. Y se oye que a la vez se sienten terremotos más o menos lejanos. Truenos bajo tierra. Y hay volcanes con su cumbre nevada, con el cráter acaso cubierto de nieve. Volcanes extingui-

dos que un día resucitan. La indiferencia con que han transcurrido estas elecciones generales en casi toda España ha sido casi glacial. Estas elecciones han sido una nevada. Tal vez una nevada sobre un volcán pronto a despertar. Aunque por otra parte... Hace ya tanto tiempo que vivimos en ansiosa expectativa...! Uno de los últimos números de la "Saturday Review" hablaba del caso triste de España.

Hoy, día 21, empiezan a llegar noticias de las elecciones en toda España, y hasta se dice—¡cosa inaudita!—que es fácil que el Gobierno no obtenga mayoría. Sería el primer caso en la historia de España. ¿Aunque hay gobierno? Hay quienes lo dudamos. Los partidos políticos, los viejos partidos políticos históricos, se están deshaciendo como témpano de hielo al sol de verano, o mejor acaso, como sabañones en primavera. Porque un partido político suele ser a modo de un sabañón, sangre cuajada y detenida. El pensamiento es algo flúido, líquido, cambiante, es sangre que corre; las ideas, eso que los políticos llaman ideas, las de programa, son algo sólido, helado, cuajado. El pensamiento disuelve las ideas. Y peor aun cuando en el partido lo importante es el partido mismo, la Iglesia, no el dogma; la organización, no la doctrina.

Pero aquí la crisis es más honda. Por una parte el flujo de las pasiones populares de origen económico, las luchas llamadas sociales está derriñendo los viejos programas ideológicos, "tempanescos", dogmáticos, incluso el socialista, no menos dogmático, hierático y "tempanesco" que los otros, pero por otra parte, es el pretorianismo, es un manso—no tan manso—terror blanco. En España hoy rigen, y más que nunca, las Juntas de defensa militares que se sublevaron el 10. de junio de 1917. Desde ese día se rompió la tradición constitucional española. Y parece que nos acercamos al desenlace. Es decir, a un desenlace. Porque se reanudaré el drama.

Escribo estas líneas lleno de los más agoreros presentimientos. Nadie ve claro. Y muchos no quieren ni mirar.

Pero no le duele a uno tanto la disolución política, ni la moral, lo que duele es la disolución intelectual y la estética. Con inteligencia inquieta, penetrante, insaciable, sana o no—¿qué es eso de inteligencia sana?—todo lo demás se restablece. Lo terrible es cuando se empieza a perseguir y a desdeñar y a odiar no las ideas, no las opiniones, sino el pensamiento. Se puede profesar cualesquiera ideas, cualesquiera opiniones, ¿pero pensarlas? ¿pensar? Lo que aterra es la crítica, a lo que no resisten es al espíritu dialéctico. Y esto todos. Y los que parecen más extremos aun más. Los espíritus más dogmáticos, más intolerantes del pensamiento que he conocido se decían a sí mismos anarquistas. Hasta conocí un formidable inquisidor dogmático del anti-dogmatismo.

¡Libertad de pensamiento! Ah, sí; pero no es lo mismo que libertad de profesar y exponer ideas. Hay quien profesa ideas que no piensa.

Pero basta ya. Cierro este pequeño diario.

